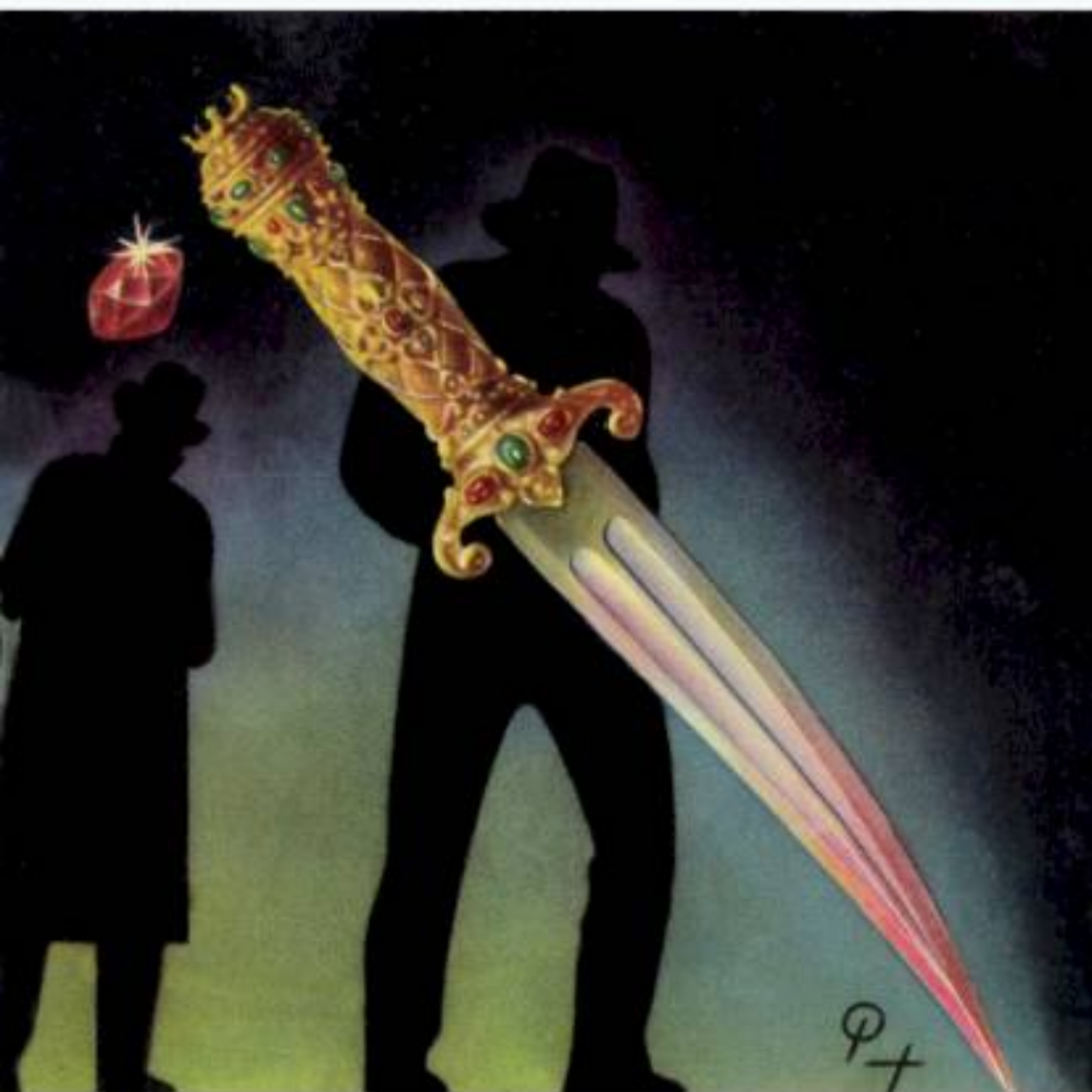


SOMBRAS EN LA NOCHE

19

ADELE SEIFERT



COLECCION

Rastros

Una familia —«árbol genealógico con mucha fruta... picada»—, regida despóticamente por el viejo y riquísimo Efraín Hardcastle, es la protagonista de este relato intrincado y expuesto con orden, ingenio e interés hasta la última palabra. Como en las novelas policiacas, en SOMBRAS EN LA NOCHE —negro sobre negro— hay un asesinato inicial que provoca una cadena de ellos, de cuya autoría se puede culpar a muchos de los habitantes de la extraña mansión, a veces nido de víboras bajo una tormenta pasional. ¿Quién es el asesino? ¿Le ha movido a realizar los múltiples crímenes el afán de heredar al viejo patriarca? ¿Qué vida ignorada había llevado Efraín Hardcastle? En SOMBRAS EN LA NOCHE se dan todos los elementos típicos del género policiaco: misterio, terror, tormentas, sombras, incendios, sospechas, desheredados, encarcelamientos inocentes, asesino suelto, detective encontrado con la policía, coartadas... ¡y claridad final!, cuando la tensión llega hasta lo irrespirable.

SOMBRAS EN LA NOCHE

Adele Seifert

CAPÍTULO I

Cuando Amy Shaw, días más tarde y libre ya del peligro que se había cernido sobre su propia vida, trataba de reconstruir la presente historia, todos sus recuerdos partían de aquella cena de «acción de gracias» de tan malos augurios, y que ella, frente a tantas disputas, guiada por una secreta alegría interior, había tratado empeñosamente de hacer, si no festiva, por lo menos un poco alegre.

Hasta la naturaleza había estado contra ella: el viento aullaba y se quejaba lastimosamente, lamiendo los muros del edificio, como lo hacía siempre que soplabá del Noroeste.

Aun después de bajar los pesados tapices de las ventanas del comedor, podía escacharse el rugir del viento; solo el fragor de la lluvia fue aminorado. Las cortinas bajas hacían la habitación más oscura, pero de cualquier manera la luz diurna era ya bastante escasa, y las cortinas así extendidas contribuían a adornar la habitación. Tratando de quebrar la oscuridad creciente, Amy había colocado, sobre la mesa y el alto aparador, que completaban el moblaje de la habitación, grandes velas, que parecían de marfil, en candelabros de cristal. La luz caía suavemente sobre plata, damasco y cristales. Pequeñas corrientes de aire ondulaban las tenues llamas, volviéndolas a elevar, en un vano intento de alcanzar el cielo raso. Solamente aquí y allá un reflejo mortecino brillaba en alguna superficie de caoba. La mesa parecía una isla reluciente en un mar de sombras.

—Jake —dijo titubeando Amy al joven que la había seguido de aquí para allá desde que había bajado de las habitaciones superiores—, quizá con esta luz él no se dé cuenta.

—Él lo notará —dijo burlonamente Jacob Detjens—. Es más supersticioso que un viejo brujo. Habrá, por lo tanto, que esperarlo todo de él. Nuevamente borrará a alguno del testamento, y esta vez quizá te toque a ti.

—No bromees, por favor —suplicó Amy—. No se me ocurrió contar hasta que coloqué las tarjetas de colocación. Tú no pensarás que Andrews o la señora Claggett... Bueno, no creo que fueran ellos. Al menos, no dijeron nada... Trata tú de ayudarme. Veamos qué podemos hacer...

—Bien, veamos —Jake puso cara seria, haciendo como que cavilaba—. De buena gana asesinaría a Harriet —bromeó—. Podría correr hasta el comercio más próximo y telefonar a Hilary que vaya al hospital enseguida... Podría tornarme místico de repente y echar a andar sin rumbo...

—Podrías también callarte, ya que todo lo tomas a broma —le interrumpió Amy.

La jocosa charla de Jake, agregada a sus nervios en tensión, la habían irritado. Envidiaba la habilidad que poseía Jake para ignorar las pequeñas dificultades. Su temperamento tranquilo era un don que en la casa no compartía ninguno. Ella deseaba también poseer ese agudo sentido del humor, tan necesario en las circunstancias que vivía.

—La llegada de Henry trastornó tus cálculos —dijo él.

Amy se sintió sonrojar, casi colérica.

Henry Hardcastle había estado ausente durante casi dos años. Ella lloró cuando se fue, y como había tenido noticias ocasionales durante su ausencia, pensó que le había alejado de su vida, aunque no de su corazón. Ahora que él se hallaba nuevamente en casa, la idea de que sus sentimientos fuesen descubiertos, se le hacía inaguantable.

—Supongo que así será —murmuró ella, inclinándose para tocar un racimo de uvas colocado en una frutera que

se hallaba en la mesa, esperando ocultar así su sonrojo.

—¿Sabes qué le ha traído? —preguntó Jake, insistiendo.

—No lo sé. Pero supongo que su padre le habrá mandado llamar. Últimamente Claudio cree que no se siente bien. ¿Lo has notado? Parece que cada año está más achacoso.

En la casa existía una marcada antipatía por los títulos tía o tío. Cuando niña, Amy había aprendido a dirigirse a sus mayores, fueran o no extraños, por sus nombres de pila.

—No lo había notado —dijo Jake—, aunque no creo que sea esa la razón. No existe gran cariño entre ellos.

—¿Por qué, Jake? Claudio adora a Henry.

—¿Pero quiere Henry a Claudio? ¿Querrías tú a un padre que te hubiese hecho una jugada sucia?

Amy miró a Jake de frente.

—Sí, lo querría —dijo calurosamente.

Y así lo pensaba.

No recordaba absolutamente nada ni de su padre ni de su madre. Haber conocido a una u a otro, aunque se tratase de un padre que le hubiese dado su nombre por cortesía, de una madre enterrada bajo el vago estigma de *mujer perdida*, habría sido para ella lo más apreciado.

Henry Hardcastle amaba realmente a su padre, Claudio, hombre pálido y de pies deformes, sombrío como un volcán apagado. Henry era lo suficientemente adulto para comprender que existían otros sufrimientos, aparte de los físicos, detrás de esos ojos cansados. Escribía a su padre regularmente cuando se ausentaba, y nunca retornaba de sus viajes sin traerle alguna rareza como regalo. Existía, pues, un vínculo entre ambas partes, aunque solamente de adoración por una y compasión por la otra.

—Yo no creo —machaconeó Jake, pues gustaba ver enfadada a Amy— que el viejo Efraín lo haya hecho regresar, a juzgar por lo que oí en su entrevista de esta mañana.

—¡Oh! —murmuró Amy—. ¿Te detuviste a escuchar?

—¿Quién no hubiese hecho lo mismo? —rió Jake; luego, tornándose repentinamente serio, levantó su mano reclamando atención—. ¡Shh! —dijo—. Ya llegan.

Amy lanzó una última y angustiada mirada a la mesa, hizo una señal con la cabeza a Jake, elevó sus ojos en una muda plegaria y se colocó en un extremo de la mesa, junto a una silla de brazos destinada al viejo Efraín Hardcastle, patriarca de la orgullosa, adusta y vieja casa, quien, según pensaban algunos, había sobrevivido a su derecho de señorío muchos años. Pero la llegada del patriarca se demoraba. Acompañando a un furioso arreciar de la tormenta, ocho hombres y dos mujeres hicieron su entrada al comedor. Tres de los primeros y las dos mujeres eran hijos del viejo Efraín. El tiempo y los lazos matrimoniales habían otorgado a los restantes un lugar en lo que podía llamarse cónclave familiar.

Harriet Hardcastle Montgomery, con el porte de una reina, avanzaba en primer término, luciendo un espléndido vestido de terciopelo verde y su cabellera gris, correcta y elegantemente ondulada. Las perlas de los Hardcastle caían orgullosamente sobre su amplio y bien formado busto. Pero su impecable apariencia quedaba desmentida, como de costumbre, por sus actos. Marchó resueltamente al extremo opuesto a la silla de su padre, y con un «¡oh!» despectivo tomó su tarjeta de situación y la puso boca abajo, como censurando la presunción de quien le había otorgado un lugar que le pertenecía por derecho de señorío.

Sus aún bellas facciones, particularmente las líneas de su boca, se mantenían tensas; una mano accionaba rítmicamente, pero en forma casi incesante, sobre sus perlas, mientras observaba a los demás que, en la puerta, se hacían a un lado para dejar pasar al deforme Claudio.

Ella y Claudio, por derecho de edad y por ser mellizos, eran los herederos de Hardcastle; pero ni aun con un gran esfuerzo de la imaginación se podía considerarlos herma-

nos. Arrastrando pesadamente los pies, con un hombro en pronunciada giba y la cabeza colgando hacia un costado, en una curiosa y patética deformidad —Amy la encontraba patética—, Claudio llegó hasta el extremo de la mesa, donde se hallaba Amy, con un interrogante en los ojos cargados de pena. Ella le señaló un lugar opuesto al que ocupaba, y él, con una leve inclinación a modo de saludo se dirigió al sitio indicado, quedando pesadamente encorvado sobre la silla, mientras gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

El resto de los comensales se ubicó con rapidez.

Allí estaba Quentin, el más joven de la generación. No siéndolo tanto en edad, luchaba denodadamente por conservar esa ilusión. Sus finos cabellos negros, su vientre algo abultado, su complexión demasiado sanguínea, indicaban definidamente los años que contaba. Mayor en edad y en apariencia, pero sin embargo más joven en espíritu, era su hermano Reuben. De cabellos grises, padeciendo una aguda sordera, vivía en un mundo propio y personal, ni apurado ni molesto por las turbulencias del resto de la familia.

Amy se sintió recompensada en sus esfuerzos cuando los ojos gentiles de Reuben recorrieron la mesa.

—Hermosa... —dijo—; desearía conservar una fotografía de esta escena.

El suave sonido de pisadas sobre la alfombra, un suspiro sofocado y un trémulo *gracias* pronunciado con una risita contenida sirvieron de presentación a Myra Peters. Esta continuó con su risita, mientras en forma ruidosa daba vueltas alrededor de la mesa, buscando su lugar. Sabiendo cómo le gustaba ese juego pueril, Amy no le prestó ayuda. Myra era la menor de las hijas de Hardcastle, y de carácter y maneras diametralmente opuestas a las de su hermana. Pequeña, de fácil manejo, pobremente conceptuada por los más agresivos miembros de la familia, se adhería como lapa a la roca a la más simple demostración de bondad.

Mientras continuaba su ronda en torno a la mesa, dirigía con los ojos mudas súplicas en demanda de ayuda. Fue Philander Peters, su paciente y sufrido marido, quien acudió en su auxilio.

Este era tío carnal de Amy, quien había traído a casa de los Hardcastle siendo niña, aun cuando había sido el viejo Efraín quien, habiéndole caído en gracia la pequeña desde un principio, permitió que se quedara.

Todo hacía presumir que Philander se había casado con Myra Hardcastle por interés. Se decía en la ciudad que cuando él presentó su solicitud de socio en el *Raquet Club* manifestó ser «caballero de medios independientes». Le aceptaban lo de *caballero*, pero lo de *independiente* a duras penas. Amy lo consideraba un hombre bueno con los niños y con los animales, e incansablemente gentil con su esposa.

Cecil Montgomery, el marido de Harriet, por el contrario, era el payaso, el hazmerreír de aquella adusta y tétrica mansión. En el instante en que se presentaba retenía a los otros a la entrada del salón con una de sus graciosas historias, hasta que Harriet, con ademán impaciente, le ordenó que fuese a ocupar su lugar. Sin alardear de perspicaz, se podía observar que estaba bastante bebido, y aunque todos sabían que si insistía en beber se iba a encontrar envuelto en dificultades antes de terminar la jornada, nadie trataba de evitarlo.

Como aseguraba Quentin, si vivir en una casa con Harriet era una empresa difícil, estar casado con ella debía de ser una tortura.

Luego venían los hombres más jóvenes de la familia, de los nietos del viejo Efraín. En primer lugar se hallaba Hilary Peters, el único hijo de Philander y Myra. Era un joven de buen aspecto, pero esa noche había sufrido una aguda crisis, que había impreso marcadas líneas de preocupación en su frente. Había manifestado su propósito de faltar a la cena de familia para acompañar a su joven esposa en el tran-

ce venturoso de la maternidad, pero sus parientes le habían presionado con insistencia. Se movía nerviosamente, se acaloraba de continuo y se pasaba los dedos por el cabello castaño mientras miraba la entrada a la sala.

Amy, que le conocía y estimaba, comprendió su malestar, compadeciéndole. Había sido siempre un niño taciturno y soñador, con marcada predisposición para el dibujo, don que nunca había sido debidamente cultivado. Durante su infancia habían sido frecuentes sus gestos de rebeldía sin aparente causa justificada. Amy se alegró mucho cuando contrajo matrimonio, aun cuando sabía de la lucha que debería sobrellevar para ganarse la vida y sostener su hogar en una mediana independencia.

Al entrar el joven que siguió a Hilary, Amy bajó los ojos tímidamente, temerosa de encontrar los ardientes y azules de Henry Hardcastle, hijo del infortunado Claudio.

Su felicidad se ahogó casi inmediatamente ante un frío presentimiento. «¿Por qué había vuelto a esa casa?», se preguntaba.

Alto, rubio, magníficamente joven y libre, tenía el aspecto de los aventureros que conocen lejanos horizontes, mares barridos por el viento, montañas y llanuras. «Nunca se quedará —se dijo a sí misma—; no debe permanecer dentro de estas estrechas y oscuras paredes».

Él le sonrió, con ojos brillantes, que hicieron latir apresuradamente su corazón. «Mi encantadora pequeña —decía su mirada—, ¿no comprendes que he retornado por ti?».

Amy se estremeció. No, no había libertad ni para ella ni para ninguno de los de la casa.

Se volvió, y Jake, interceptando su mirada, levantó una punta de su rubio bigote en un grotesco guiño; se reía de ella. Sin embargo, Amy tenía la sensación de que sus gracias eran solo para cubrir profundas preocupaciones interiores.

Jacob Detjens no era ningún necio. Había entrado en casa de los Hardcastle cuando su bonita y frívola madre se

casó en segundas nupcias con Quentin. Luego de su muerte, acaecida varios años más tarde, y aun cuando ya ningún vínculo le ligaba con la casa de su padrastro, no manifestó deseos de marcharse. Poseedor de mente despierta y audaz resolución, aceptó la oferta del viejo Efraín de tomarle como secretario. El trabajo no podía ser más desagradable ni el salario más exiguo. Pero él se quedó. Evidentemente se habían puesto límites a sus atribuciones imprimiéndole cierta dependencia, aun cuando nadie podía decir que esta hubiese lesionado su orgullo. Si sus obligaciones limitaban su libertad, de ninguna manera controlarían sus ambiciones. Empero, su sometimiento constituyó para todos una sorpresa.

Para Amy había constituido un alegre camarada y un ferviente admirador. Comprendía que se habría sentido muy sola sin su compañía, y trataba de recompensarle con su amistad y compañerismo.

Se sonrojó al encontrar la sonrisa de Jake, que se le antojó un poco burlona.

Alguien más esperaba en el umbral de la puerta. Un hombre delgado, con rasgos de cansancio marcadamente impresos en el rostro.

—Entre, doctor Woodruff —dijo Amy—. Le he designado el sitio junto a Reuben, pero debe prometerme —advirtió jocosamente— que durante la cena no hablará usted de pintura.

También sonriendo, el doctor dio su palabra. Desde hacía muchos años era el médico de los Hardcastle, y dotado de modales que atraían, se había constituido en amigo obligado familiar, particularmente del sordo Reuben, cuya pasión por la pintura compartía, aun cuando este, por disponer de más tiempo, le superaba en habilidad.

Sumando esos ocho hombres y las dos mujeres con Amy, Jake y el viejo Efraín, que se complacía en hacer desear su presencia, los comensales sumaban trece.

Afuera, la tormenta no cesaba en su intensidad; el viento golpeaba y arreciaba contra los grandes ventanales. La lluvia torrencial se había transformado en una fuerte granizada. En el interior de la casa las llamas de los altos cirios titilaban, como si fuesen castigados por los suspiros impacientes de los que aguardaban la presencia del jefe de la familia. Por fin llegó desde el vestíbulo el ruido de pasos arrastrados sobre la alfombra de la escalera. Una aguda y cascada voz apagó ese ruido:

—No tan fuerte, Andrews; no tan fuerte. No tienes por qué llevarme todavía. Cuando llegue ese momento se necesitarán ocho hombres como tú, y yo estaré dentro de una caja larga... Está bien, Patsy, ya llego. Frena tus bríos, impaciente, apresurada..., como todas las de tu sexo...

Los arrastrados pasos se oían ahora sobre el piso. El ruido de un bastón destacábase a pesar del espesor de la alfombra.

A través de la puerta entró saltando una especie de capullo blanco, una pequeña y lanuda *terrier*, compañera favorita del viejo Efraín. Llegó rápidamente hasta la cabecera de la mesa, junto a la única silla vacía, se sentó sobre sus cuartos traseros, sacó la lengua rosada y ladró agudamente, como queriendo llamar la atención. «¡Aquí estoy, señores; comencemos!», parecía decir.

Pero a pesar de eso nadie prestaba a su simpática figura la más mínima atención; todas las miradas estaban enfocadas al jefe indiscutido de la casa, al viejo Efraín Hardcastle, que en ese momento franqueaba la entrada.

El peso de los años dejaba claras huellas en la encorvada y temblorosa figura del anciano; solo sus seniles ojos mantenían un extraño brillo. Algunos sostenían que la malicia era lo único que lo mantenía con vida, con su secuela respectiva de manías y enfermedades. Caminó a lo largo de la mesa sin ayuda alguna, aferrada la mano derecha a la curvatura de un nudoso bastón.

Cuando llegó a la cabecera, el viejo Efraín inspeccionó todos los detalles de la cena ordenada por él, y finalmente, con un movimiento de cabeza, que bien pudo ser de aprobación como de lo contrario, se dejó caer en su silla.

Uno por uno, los que habían estado esperando, se sentaron también, pero no cesaban de mirarse unos a otros, con extrañas expresiones: unos con inequívocas muestras de aburrimiento, otros con mal contenido fastidio, y todos con el vehemente deseo de que el anciano terminara con su habitual *acción de gracias*, que rezaba más por hábito que por devoción.

—Amado Señor, te agradecemos lo que nos es dado; protegednos y conservadnos para que podamos gozar de los frutos de nuestra labor. Amén... Veo que están todos —agregó.

Esta observación parecía formar parte de la plegaria, ya que solo mediaba entre ambas expresiones un corto suspiro. Miró por encima y alrededor de la mesa con una desafiante mirada de autoridad.

—Naturalmente —respondió Harriet desde su lugar, al final de la mesa y asumiendo el aire, tan de su agrado, de diestra ama de casa—; estamos todos, padre...

—¡Pamplinas! —y el seco desdén de la réplica hizo palidecer a Harriet bajo su maquillaje.

Su marido, algo distante de ella, se rio aguda y burlonamente.

—Ninguno de vosotros está aquí por su gusto. Cada uno de ustedes piensa que se encontraría mejor en otro lugar. Creo que podría exceptuar al doctor Woodruff. Nunca pudo sobreponerse al hábito de asistir a una buena comida, más si no le cuesta nada. ¿Eh, doctor?

El médico de la familia disimuló el exabrupto al tiempo que desenrollaba su servilleta.

—Me place verle con tanta salud y buen estado de ánimo, señor —dijo evasivamente.

La malicia del viejo Efraín pasó por alto la calmosa respuesta.

—Pero el resto de vosotros ha venido aquí de mala gana, yo lo sé. Sin embargo, vienen... Porque yo lo ordeno... Porque tengo lo que les atrae a esta casa..., aunque para eso deban de realizar un viaje desde América del Sur... ¡Je, je!...

Henry levantó bruscamente su cabeza, encontrándose entonces con la mirada preventiva de su padre y otra implorante de Amy; mordió sus labios y permaneció callado, mientras la cruel y cascada risa del anciano terminaba en un breve acceso de tos, a través del cual Amy recogió las últimas palabras de un refunfuño de Quentin.

—... nuestro pan no tiene manteca...

La mordaz expresión tuvo, sin embargo, una interpretación ingenua:

—¿No tienes manteca, Quentin? —preguntó una voz gruesa y embozada—. Toma la mía; yo no la uso...

Era Reuben. Uniendo la palabra a la acción, tomó un trozo de manteca del platito que tenía delante y lo colocó junto a su hermano, sin advertir que este tenía manteca en el plato sin emplear. Tal desatino agravó la sensación de molestia de Harriet, que lanzó una mirada de seco desdén, pero Reuben, indiferente, se volvió a hundir en su habitual ensimismamiento.

En el breve silencio que siguió se desplegaron las servilletas y se tendieron sobre los regazos. Cada uno de los comensales levantó su alta copa de cristal bebiendo un poco de agua helada.

Pero ese silencio no debía durar mucho tiempo. Sin embargo, cada uno evitaba ser el primero en hablar. El temor de molestar al anciano enmudecía a los invitados del maniático señor de la casa.

Por último, Philander Peters se inclinó hacia adelante para hablar a su hijo Hilary:

—¿Cómo has dejado a Phoebe, hijo?

—Ella... —comenzó sobresaltado Hilary, pero fue interrumpido por la voz aguda del viejo Efraín:

—¿Phoebe?... —exclamó al oír este nombre—. ¿Dónde está Phoebe? ¿Por qué no está con nosotros esta noche?

Hubo que notificarle entonces, a pesar de que ya anteriormente se le había comunicado, que Phoebe Peters se hallaba internada en una clínica, esperando su primer heredero. La mención del sanatorio irritó al anciano, quien comenzó un violento discurso sobre la ruinosa extravagancia moderna. Su mujer había tenido cinco hijos, y nunca necesitó de una clínica. No quiso ser áspero del todo, sin embargo, y aclaró que el nacimiento del niño le había preocupado y que vaticinaba un varón, y que tenía que llamarse Efraín Hardcastle, como él. Expresó su deseo de inscribir de su puño y letra al recién nacido en el registro familiar, para que, según manifestó, figurara el nombre de Efraín Hardcastle «nacido» antes que se insertara el de Efraín Hardcastle «fallecido».

Rio entre dientes de su lúgubre ocurrencia.

Esto, según dijo alguien después, era suficiente para demostrar claramente que el patriarca de los Hardcastle se hallaba en la penúltima etapa de su chochez, no siendo extraño que alterara cualquier cláusula de su testamento, hecho no hacía mucho.

Hilary, lívido el rostro, habló con cierto tono de desafío:

—Puede que no sea niño —dijo—, y en caso de que lo fuera, ya hemos escogido otro nombre...

—¡Pamplinas! ¡Pamplinas! No le daré un centavo —rugió el anciano, con voz que agudizó a medida que amenazaba—. ¡Ni a ti tampoco!...

—Yo no necesito su dinero..., ni para mí ni para mi hijo —estalló Hilary humedeciendo sus labios y haciendo correr nerviosamente los dedos por entre sus cabellos.

—¡Pamplinas! ¿Quién va a pagar las extravagantes facturas de tu clínica? ¿Tú?... —replicó el anciano—. Tú no puedes sostenerte a ti mismo, y menos a tu familia...